

Taller 4: LA ARTICULACIÓN

SESIÓN 2

PONENCIA:

LA ARTICULACIÓN. LA IMAGEN PÚBLICA

JOSÉ IBARROLA. ARTISTA PLÁSTICO

José Ibarrola

Lo que yo voy a contar es seguramente lo que ya hemos contado todos porque como vivimos situaciones de emergencia, las respuestas de emergencia suelen ser muy similares. No creo que halla nada novedoso, pero me parece que es importante que insistamos en el conocimiento mutuo, en esa especie de terapia de grupo que solemos hacer en este tipo de convocatorias. Os leo lo que había preparado.

Parece ser que Platón definió la palabra símbolo como uno compuesto por dos, refiriéndose al regalo de media moneda que el dueño de una casa hacía a su invitado cuando éste partía. El dueño se quedaba con la otra media moneda. Este hecho permitía expresar una relación de reconocimiento, de amistad dual, de recuerdo mediante un objeto ajeno ya a su carácter significado, a su uso común, pero que servía como un referente físico, como un signo figurativo para representar un sentimiento abstracto.

La inútil media moneda se convertía en signo y el signo, por efecto del olvidadizo paso del tiempo, en mito. Y es que el ser humano parece que siempre ha dependido del concurso de poderes mágicos, misteriosos y sobrenaturales para explicarse a sí mismo y explicárselo a los demás; para interpretar y codificar el desarrollo natural de los acontecimientos o para justificar algunas de sus más mezquinas y retorcidas realidades; o para engañar mediante el artificio del mito, que ya es como un símbolo hecho mayor y sustituir a la razón por el tazón.

Los símbolos, y por lo tanto el mito, actúa como un talismán capaz de vencer a lo que la razón o la ciencia intentan comprender. El mito necesita tiempo y divulgación, desarrollo y expansión, para superar sus propios orígenes, para permitir la metamorfosis de gesto en gesta y claro, su función es apreciable cuando llega al mayor número de

gente y durante el mayor número de tiempo. Es cuando rompe el estrecho margen de lo personal, de lo doméstico y se adentra en lo colectivo, cuando el mito transmutado en propaganda se hace realmente eficaz. La historia, que es una combinación de relaciones causa efecto y de relecturas simbólicas, está tejida por innumerables hilos que tejen y destejen las escasas pero rotundas preguntas y respuestas que los hombres nos hemos hecho desde que dejamos de ser animales.

La utilización metódica, perseverante y constante en la expansión y divulgación de mitos de uno u otro signo ha sido y es instrumentalizada por las estructuras de poder a lo largo de la historia, para generar corrientes de opinión que deforman y distorsionan los hechos objetivos y reales.

Yo esto lo planteaba como una introducción a qué es lo que nos está pasando en el País Vasco. No es una retórica sobre la historia, sino que es algo muy pertinente sobre lo que está pasando con el tema del nacionalismo, porque nuestro mitos, los locales, lo que pretenden es convertirnos en tribu, en una tribu uniforme, marcial, unidireccional y homogénea. La búsqueda entre los primeros nacionalistas vascos de una fidelidad antropométrica, de tipos étnicos y raciales, no fue un simple reflejo de las modas antropológicas del romanticismo europeo, sino la manera sectaria de entrar en el nuevo renacimiento vasco a través de las concepciones nacionalistas y xenóforas. La caricaturización de esos modelos, medios, estándares, para hacer relevante lo más vasco, es un ejercicio de construcción del mito que sustituye a la propia realidad.

La heterodoxia ideológica, la pluralidad política, el mestizaje racial y cultural, chocan con la idea de tribu, nos acercan más al concepto de ciudad, de amalgama social, de babel democrática. Por supuesto hay pérdida del paraíso vasco, de la aldea feliz. A mano de los aluviones migratorios, genera como oposición un ingente proliferación de símbolos artificiales, medias verdades y un anecdotario elevado a la categoría de dogma, que construye un imaginario colectivo en el mundo nacionalista.

Cuando la historia no nos gusta, pues que se fastidie la historia. Confortemos una buena ficción contra la realidad. La progresiva pérdida de peso específico del mundo rural y la industrialización, las transformaciones liberales y el lento asentamiento de la cultura ilustrada provoca un profundo conflicto de intereses en el que las imágenes bucólicas, los resortes emocionales y las supersticiones, constituyen un arma de primera categoría para enfrentarse a las consecuencias de la modernidad y la pluralidad.

Los nacionalismos se apropian o inventan muy rápidamente todo un universo tribal, desde la bandera, los topónimos, pasando por la lengua, el folclore como sustituto de la cultura, los deportes, por supuesto rurales, los arquetipos fisonómicos de cráneos y sangre pura, antiquísimos gobiernos paradigmáticos, recias purezas espirituales, en fin, toda una pérdida de supuestos rasgos específicos ancestrales que giran en torno a un gran ombligo patriótico. Forman una comunidad en la que se reconocen a sí mismos por la aceptación de sus rituales. Sus símbolos, sus mitos, son referencia de obligado cumplimiento.

En el diccionario Bi Milla, hecho por Quintana y otros autores, editado por la editorial Elkar, daban varias definiciones de “vasco”. La primera era “basko”, y dice: habitante de Baskonia que, aunque tiene fuertes vínculos en el país, familiares, sentimentales o de residencia, no sabe la lengua vasca. “Basque”: nombre de aquellos hijos de la Baskonia

continental que, aunque de boca alaban a su país, por sus hechos muestran lo contrario. Y “vasco”: aquellos que por curiosos caprichos del destino han nacido en Baskonia, siendo sus apellidos y en el mejor de los casos su lengua, una mera ocasión para intentar alardear de lo que evidentemente sus paisanos no les reconocen.

Esta es la definición de “vasco” que ahora impera en el mundo del nacionalismo. Un diccionario que tiene que ser una cosa aséptica, pues es un elemento de adoctrinamiento elemental. Es esta utilización de los mitos, de los símbolos, lo que entraña una de las grandes perversiones del país.

En las sociedades democráticas, el grado de pertenencia se mide por la aceptación de un contrato social, libre y plural, que reconoce al ciudadano como protagonista máximo de su destino. Las comunidades nacionalistas, sin embargo, anteponen al ciudadano esa unidad de destino en lo universal e intransferible, inmutable e incuestionable, que es precisamente la comunidad. Ese viaje esotérico a través del tiempo, más que del espacio, que nos proponen los nacionalismos, desde el parnaso prehistórico hasta el idílico futuro, no necesita de ninguna actualización contractual, se basta con el mito, ... y el poder claro. No reclaman nada nuevo, reivindican simplemente lo que siempre dicen que fue suyo y en todo caso, de ellos y sus amigos.

La comunidad no nacionalista no es una tribu, y esa es nuestra grandeza, pero también nuestra gran debilidad. No podemos confrontar una comunidad contra otra comunidad porque no somos comunidad. Nuestros signos no son étnicos, no pueden ser raciales, son signos aprendidos, contruidos e inventados por acumulación de experiencias y de conquistas sociales, desde la diversidad y la pluralidad, -aunque aquí he de decir que después de escuchar a Aurelio Arteta tendré que matizar esto de la pluralidad- desde la tensión y el recuerdo pero también desde ese olvido necesario que permite el avance de la historia.

Son contratos abiertos susceptibles de ser redefinidos por la dinámica de esta historia. Se basan en los derechos individuales y en la memoria colectiva. Los pueblos mutan, como la cultura que destilan, y eso exige una constante regeneración, una constante capacidad de encuentro y desarrollo. Por eso, a veces, el vértigo de la historia nos arrastra hacia la mansedumbre del mito. Por comodidad, por tranquilidad, o por sentimientos arrojados por el paño de la tribu, perdemos toda capacidad crítica. Nuestros referentes iconográficos, los de esa no comunidad o esa comunidad no nacionalista, son eclécticos, son heterodoxos, y tan variados como la propia sociedad. Por eso no queremos arquetipos en los que basar nuestro discurso, nuestra voluntad es construir un tejido social y cívico capaz de reconocer desde el respeto escrupuloso de las leyes democráticas la inmensa diversidad cultural e ideológica que conforman las comunidades abiertas.

Conocemos el pasado y lo sustantivamos en nuestro presente, pero sin el lastre de la fidelidad ciega. Nuestra guía es la historia, que se nutre de los diferentes caminos que confluyen en ella. Nos vamos construyendo poco a poco, paso a paso, porque no estamos predeterminados. La autodeterminación se declina en primera persona del singular.

Esta es mi introducción del tema de la imagen pública de este tipo de organizaciones en las que estamos. A mí es que teorizar sobre la imagen pública me parece algo

tremendamente complicado, por eso al principio había intentado hacer un taller de ideas sobre las imágenes que nosotros debemos trasladar. Pero me he dado cuenta de que hay una discusión previa viendo la tarjeta de invitación: habéis podido ver todos los logotipos que hay en esto. Claro, ¿cómo podemos unificar con un criterio la diversidad de todos esos logotipos aunque halla coincidencias en 3 ó 4 elementos como las manos, los hombrecillos y los árboles, incluso la paloma. A mi me parece que es un taller imposible, falta posiblemente en todo el volumen editorial que estamos teniendo en los últimos tiempos de gente desde el lado constitucionalista, -este término no me suele gustar mucho-.

Yo es que soy partidario del código de circulación, como norma de comportamiento en la carretera, pero tampoco me gusta que me digan que soy un legalista. Constitucionalista me parece que lo somos en la medida que aceptamos esas reglas del juego pero tampoco hay que insistir. Pero bueno, desde este lado constitucionalista se están haciendo muchas publicaciones analizando muchas cosas, las razones, las razones históricas, las razones ideológicas, ... Hay una aproximación maravillosa de Santiago González hacia el mundo de las palabras, pero falta un trabajo más de campo, un trabajo más concretado en una publicación sobre el mundo de las imágenes.

Como el nacionalismo no sólo ha hecho que ahora mismo estemos todos un poco pervertidos desde el punto de vista del lenguaje, utilizando sus palabras, sus conceptos, sus términos, y también sus imágenes. Una de las cosas, yo lo estoy poniendo como ejemplo, como elemento de debate y discusión es si os fijáis en algunas de las librerías donde se exponen los libros constitucionalistas, veréis que en la mayoría de ellos en la portada está la Ikurrina. Yo diría que en el 90% de los libros escritos por los constitucionalistas la portada está con una Ikurriña, de una manera o de otra. Yo no estoy en principio en contra de la Ikurriña que me parece que es una bandera como otra cualquiera, representa a un estado o a un país, o en este caso a una región autónoma, es una cosa institucional.

Entonces, yo entiendo que estamos en una fase como de reafirmación nacional, yo entiendo que el nacionalismo, como los americanos por ejemplo, reivindican en las papeleras, en su casa, ... En todos lados está su bandera, porque es una nación muy joven, muy incipiente, porque tienen unos conflictos federales tremendos, porque entre estados tienen tantas diferencias, no se conocen, entonces tienen ese elemento común y apuestan por ello. Aquí que el nacionalismo lo haga me parece bien, están en la misma idea. A pesar de que digan que vienen del neolítico quieren construir nación, por tanto están en la idea, pero que nosotros aceptemos eso con tanta naturalidad y tengamos que meter la Ikurriña hasta en la sopa, pues yo creo que tenemos que reflexionar un poco también sobre la utilización de ciertos elementos simbólicos que tienen las imágenes simbólicas, y la Ikurriña es una imagen simbólica desde luego mucho más que una imagen institucional, hoy por hoy.

Pero como con la ikurriña pasa con muchas otras cosas. Aceptamos que para inaugurar un frontón hay que bailar el auresku; haya que hacer una historia de deportes rurales, de folclore, etc. En otros países del mundo, en otras zonas del universo hay otra serie de acontecimientos que te permiten hacer una inauguración de cualquier cosa con prestancia y con solvencia, es decir, yo ponía un ejemplo de hace un tiempo de Cataluña, ahora que empiezan a vivir el gran aluvión nacionalista, ... Sin embargo, yo ponía el ejemplo de cómo en muchas gentes, incluso nacionalistas, a la hora de

inaugurar un centro, el equivalente a un centro cultural aquí, pues los actos de apertura no contaron ni con danzas folclóricas, ni con bailes regionales, ni con txistu y tamboril e hicieron una cosa con poesía de poetas contemporáneos, hicieron una cosa con música contemporánea, hicieron una cosa con una expresión de artes plásticas contemporáneas, es decir, apostaban por una realidad cultural más abierta, más plural, más diversa, más diferente, más contemporánea.

Aquí sin embargo, seguimos en una fase que hemos aceptado esta cosa tan rancia del nacionalismo, de meternos el folclore como la única opción cultural realmente eficaz y hay otras muchas. Pero claro, el nacionalismo, digamos que suprime ese complejo inaugurando Guggenheims. Pero bueno ahí lo tenéis, una cosa super moderna, ha costado una millonada, ahí lo tenéis y a nosotros dejadnos con él, ¿no? ... Es que hay un termino medio, y hay que buscar otro tipo de relaciones, de soluciones.

Me gustaría ir incorporando esta terapia de ejemplos para que nos permita avanzar en la creación de un tejido social cívico que no sea tan deudor de la simbología nacionalista.